



Colegio
Montessori

Febrero 2022

Un lugar para hacerse persona



SIEMPRE HAY ESPERANZA

Las cosas no pintan bien tanto en la superficie como en el fondo, y esto afecta a la coherencia con la fe en la vida social y en la omnipotente política. Cabe arroparse con la queja perezosa, o ponerse a trabajar con más brío. Como hace un buen deportista, un agricultor, un pescador, o un cristiano responsable.

Con estas palabras exhortaba san Juan Pablo II al mundo en el comienzo de su pontificado, y así pide ahora el Papa Francisco una

Iglesia de puertas abiertas, que salga a la calle. Quien cierra la puerta del alma se queda a oscuras. No olvidemos que el rechazo al mundo espiritual y al Dios real, no imaginado, no se debe sólo a elevadas cuestiones intelectuales o científicas sino sobre todo a una voluntad individual que se resiste al bien.

Es cierto que muchas veces los hombres se encuentran desbordados por los problemas, y ¡pobre del que está solo sin nadie que



le ayude!, como dice la Biblia. De ahí que nada se consigue encerrándose en sí mismo, desconfiando de los demás y de Dios; nada se consigue dejándose llevar por un materialismo práctico cerrado a la trascendencia. Y cuando decimos trascendencia estamos hablando del mundo espiritual irreductible a la materia, más real que el percibido por los sentidos. Por eso Jesucristo ha dicho que no sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Parece que el genio de Goethe, aunque no era un hombre ateo, no sentía la necesidad de ser salvado por la fe cristiana, pues no se consideraba un hombre pecador, porque no creía en un Dios personal, como él mismo reconoció. Es una carencia que tienen ahora otras personas que se consideran vagamente religiosas pero no cristianas, y

en realidad tienen una fe empobrecida: no se relacionan con Dios ni con su Iglesia que, en palabras del Papa Francisco es la Casa de la misericordia.

La **esperanza** es natural al hombre y se encuentra reforzada en los creyentes como virtud o don de Dios que quiere para todos la bienaventuranza o vida divina, y ofrece los medios de la gracia para alcanzarla. Descubrimos así la importancia de confiar en los demás, en los instrumentos de Dios como son los **sacramentos** y la misma **Iglesia**, como apoyo para el camino y garantía de llegar a la meta del Cielo bien acompañados. En otras palabras, la esperanza es el optimismo cristiano, que garantiza el futuro sin vuelta atrás y un presente equilibrado con una paz que el mundo no puede dar.

La vida cristiana ha sido comparada tantas

veces con el deporte porque también exige sacrificios para alcanzar una meta que vale la pena y trasciende este mundo. Hay que evitar la respuesta tibia ante la llamada a la santidad; el camino mediocre de quienes no desean enfrentarse a Dios pero tampoco quieren exagerar en la vida cristiana. Porque siempre habrá que luchar contra el pecado empezando por no pactar con las malas inclinaciones de soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza que se pueden vencer con la ayuda de la **gracia**.

Como decimos, la sociedad actual presenta signos de haber equivocado la esperanza y de caer en la desesperanza, en la medida en que pierde el sentido de las realidades últimas y de su destino eterno en Dios. El Papa emérito Benedicto XVI hacía un análisis profundo de la situación histórica para enseñar con su magisterio el camino de la verdadera esperanza, porque los hombres no podemos vivir solo de las pequeñas esperanzas terrenas. Porque el progreso científico y el bienestar social actúan muchas veces como narcóticos que alejan de la realidad y generan nuevos problemas. Como la pérdida del sentido de la vida, el trabajo absorbente como peldaño para el triunfo personal en detrimento de otras facetas más importantes (el matrimonio, los hijos y la familia). También se añaden, entre otros, los problemas del desarraigo, la emigración, el hambre y la pobreza, la soledad, el creciente número de suicidios, la violencia juvenil y el terrorismo. **Podemos decir que una sociedad sin valores es una sociedad sin futuro.**

Concretamente en su encíclica sobre la esperanza, *Spe Salvi*, Benedicto XVI afirmaba: *No “podemos construir” el Reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es siempre un don, y precisamente por eso es*

grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica- “merecer” el Cielo con nuestras obras. Este es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo “merecido”, sino siempre un don.

Ciertamente la pelea interior con sentido deportivo requiere los medios de la gracia que la Iglesia ofrece a sus hijos en **los sacramentos, la oración, el ejemplo de los santos, y en el conjunto de la comunión eclesial**. El sacramento de la Penitencia, la Confesión, tiene una gran importancia para luchar contra el pecado y corresponder a los dones divinos. San Juan Pablo II recordaba muchas veces algunos aspectos importantes de la práctica de este sacramento afirmando que: *Sería pues insensato, además de presuntuoso, querer prescindir arbitrariamente de los instrumentos de gracia y de salvación, que el Señor ha dispuesto y, en su caso específico, pretender recibir el perdón prescindiendo del sacramento instituido por Cristo precisamente para el perdón* (Reconciliación y Penitencia, n.31).

En el libro-entrevista a Francisco realizada por el vaticanista Andrea Tornielli, titulado *El nombre de Dios es misericordia*, el Papa habla mucho de la confesión en varios apartados y desde varios puntos de vista, los penitentes y los sacerdotes, el abandono y la recuperación, y sobre todo como el gran regalo de la misericordia de Dios. Y responde así: *Sólo quien ha sido tocado, acariciado por la ternura de la misericordia, conoce realmente al Señor. Por eso he repetido a menudo que el sitio en el que tiene lugar el encuentro con la misericordia de Jesús es mi pecado. Cuando se experimenta el abrazo de misericordia, cuando nos dejamos abrazar, cuando nos conmovemos: entonces la vida puede cambiar, pues tratamos de responder a este don inmenso e imprevisto.*



Y en otras ocasiones el Papa Francisco ha invitado a sacerdotes y penitentes a recuperar la esperanza y viviendo el sacramento de la Reconciliación, con Dios y con la Iglesia, con los hermanos: *El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino es un regalo, es don del Espíritu Santo, que nos colma de la abundancia de la misericordia y la gracia que brota incesantemente del corazón abierto del Cristo crucificado y resucitado. En segundo lugar, nos recuerda que sólo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en paz. Y esto lo hemos sentido todos, en el corazón, cuando vamos a confesarnos, con un peso en el alma, un poco de tristeza. Y cuando sentimos el perdón de Jesús, ¡estamos en paz! Con aquella paz del alma tan bella, que sólo Jesús puede dar, ¡sólo Él!*

Aprendamos de sus palabras: *Queridos amigos, celebrar el Sacramento de la Reconciliación significa estar envueltos en un abrazo afectuoso: Es el abrazo de la infinita misericordia del Padre. Recordemos aquella bella, bella parábola del hijo que se fue de casa con el dinero de su herencia, despilfarró todo el dinero y luego, cuando ya no tenía nada, decidió regresar a casa, pero no como hijo, sino como siervo. Tanta culpa había en su corazón, y tanta vergüenza. Y la sorpresa fue que cuando comenzó a hablar y a pedir perdón, el Padre no lo dejó hablar: ¡Lo abrazó, lo besó e hizo una fiesta! Y yo les digo, ¿eh? ¡Cada vez que nos confesamos, Dios nos abraza, Dios hace fiesta! Vayamos adelante por este camino.*

Jesús Ortiz López

DIOS INSISTE: ¡CONFÍA EN MÍ!



El Señor nos pide de muchos modos que confiemos en Él, En el libro de los Salmos nos dice una y otra vez lo mismo: *Encomienda al Señor tu camino, confía en Él, que Él actuará (Sal 37,5). Deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará, que no abandona para siempre al justo que zozobra (Sal 54,23).*

Como un eco de todo el Antiguo Testamento San Pedro nos exhorta en su primera carta: *Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él cuida de vosotros (1P 57).*

Y son solo tres ejemplos. ¿Por qué insiste tanto el Señor en que confiemos en Él? El primer pecado fue de desconfianza y

soberbia: *No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal (Gn 3, 45).* Y se lo creyeron. Desde entonces la tentación de la desconfianza hacia Dios está siempre presente en nuestros corazones.

Para ser felices en esta vida (con la relativa felicidad que aquí podemos tener), necesitamos reconocer que con nuestra inteligencia no podemos abarcar la sabiduría de Dios, no podemos entender todos sus planes; pero, al mismo tiempo, hemos de estar totalmente seguros de que nuestro Padre nos ama infinitamente y no tiene ningún interés en engañarnos ni hacernos daño, que quiere lo mejor

para cada uno de nosotros, sus hijos. **Por tanto, podemos y debemos confiar totalmente en Él.**

Señor: desde el comienzo de la historia, llevamos clavada en el corazón la espina de la soberbia y la desconfianza, y por eso Tú nos repites una y otra vez que confiemos en Ti, que dejemos en tus manos nuestro cuidado, nuestras preocupaciones, porque Tú cuidas de nosotros en todo instante. Haz, Señor, que confiemos de verdad en Ti, que esperemos de Ti todo lo que necesitamos para nuestra felicidad y salvación.

Deja un momento tus ocupaciones habituales, hombre insignificante. Arroja lejos de ti las preocupaciones agobiantes y aparta de ti las inquietudes que te oprimen. Reposa en Dios un momento, descansa siquiera un momento en Él. Di con todas tus fuerzas: Busco tu rostro; tu rostro busco, Señor (San Anselmo).

Tenemos que pararnos, respirar, serenarnos, entrar en nuestra alma, cerrar la puerta y, en silencio, buscar el rostro de Dios. No es difícil. Nos está esperando

con una sonrisa y pone el brazo sobre nuestros hombros, y nos atrae hacia su corazón mientras nos dice: **ya era hora, hijo mío.** Cuántas ganas tenía de estar a solas contigo. Y nosotros como niños, reposamos la cabeza en el regazo de nuestro Padre.

Señor, que yo vea con tus ojos, que yo hable con tus palabras, que yo escuche con tus oídos, que yo trabaje con tus manos, que yo quiera tu voluntad, que yo ame con tu corazón (san Josemaría).

Dios solo sabe contar hasta uno, dijo André Frossard. Cada uno de nosotros no somos un número anónimo en la infinita muchedumbre de la humanidad. **Cada hombre es un HIJO ÚNICO para Él.**

Podemos considerar como dirigidas a nosotros esas palabras que le dijo a Santa Catalina de Siena: Hija, olvídate de ti y piensa en mí, yo pensaré continuamente en ti.

Extracto del libro “Dios te quiere, y tú no lo sabes” de D. Tomás Trigo publicado por CASABLANCA COMUNICACIÓN.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net